

# **MATRIMONIO Y CELIBATO: DOS CAMINOS A LA PLENITUD DEL AMOR**

**Juan Manuel Roca**  
**Cómo acertar con mi vida**

La llamada a aquella plenitud de amor que es la razón de que el hombre haya sido creado a imagen de Dios se realiza por dos caminos diferentes: "La Revelación cristiana conoce dos modos específicos de realizar integralmente la vocación de la persona humana al amor: el matrimonio y la virginidad. Tanto el uno como la otra, en su forma propia, son una realización concreta de la verdad más profunda del hombre, de su ser imagen de Dios" (Ibidem).

Desde este punto de partida se puede comprender el porqué y la profunda belleza del celibato apostólico: el don por el que Dios, que llama a muchos -a la mayoría- a la plenitud del amor a través del matrimonio, llama también a otros muchos a la plenitud del amor mediante la renuncia al matrimonio para dedicarse en alma y cuerpo, con una disponibilidad absoluta, a extender el Reino de los cielos. El celibato por el Reino de los cielos es un tesoro en la vida de la Iglesia. Juan Pablo II recordaba en su carta *Novo Incipiente* (8.IV.1979, n. 8) que sabemos y creemos que el matrimonio es un sacramento grande, pero "el motivo esencial del celibato está contenido en la verdad que Cristo declaró, hablando de la renuncia del matrimonio por el Reino de los cielos (...) El celibato es un don del Espíritu".

Esa afirmación de que el celibato es un don resulta de capital importancia: no es una mera opción personal ni una pura situación de hecho o casual. No es una simple renuncia de la persona que decide tomar ese camino en la vida, sino la respuesta a una llamada que Dios hace a quienes previamente ha otorgado la gracia de seguirle de ese modo. Y constituye a la vez un don para toda la Iglesia y para todos los hombres, porque es necesario para el Reino de los cielos; de ahí que Dios no deje de llamar, en todas las épocas, a muchos al celibato.

Matrimonio y celibato son dos modos de amar a Dios y al prójimo. Los dos caminos pueden llevar a la santidad; sin embargo, como enseña San Pablo, "cada cual tiene de Dios su propio don" (1 Co 7, 7): cada persona se santifica respondiendo con generosidad a las gracias y dones recibidos de Dios, que pide más a quien más otorga. La encíclica *Familiaris Consortio*, ya varias veces citada, recuerda que "la virginidad testimonia que el Reino de Dios y su justicia son la perla preciosa que se debe preferir a cualquier otro valor aunque sea grande, es más, que hay que buscarlo como el único valor definitivo. Por eso la Iglesia, durante toda su historia, ha defendido siempre la superioridad de este carisma sobre el del matrimonio, por razón del vínculo singular que tiene con el Reino de Dios".

Quienes se casan viendo en el matrimonio su camino de santidad saben bien que el matrimonio no es un estorbo, porque el mismo cariño humano, el limpio amor conyugal, se eleva al plano sobrenatural de la caridad y es amor a Dios. La santidad se mide con el metro del amor a Dios, no con el del celibato o el del matrimonio. Sin embargo, la Iglesia enseña que el celibato por el Reino de los cielos es, considerado en sí mismo, un don superior.

Para comprender esta enseñanza de la Iglesia conviene caer en la cuenta de que la unión de los cónyuges cristianos en el matrimonio, elevada a la dignidad de sacramento por Cristo, es signo e imagen de la unión de Cristo Esposo hacia su Iglesia. Así, la clave para comprender en toda su hondura la significación sacramental del matrimonio cristiano es el amor sponsal de Cristo, Hijo de la Virgen, que era Él mismo célibe. Matrimonio y virginidad se radican en el mismo misterio de la unión de Cristo con su Iglesia, pero el celibato lleva a imitar esa entrega sponsal de Cristo sin la mediación del amor matrimonial.

Puede decirse, para que se comprenda mejor, que si la castidad conyugal -es decir, el matrimonio vivido con fidelidad al plan de Dios- permite realizarse en una comunión total y exclusiva, la castidad virginal, por su parte, en cuanto forma específica de realización de la sexualidad, permite realizarse en una comunión total y universal. La entrega de Cristo en la Cruz es donación en su carne, en su cuerpo, ofrecido en sacrificio. El don de sí mismo al

Padre en la obediencia hasta la muerte de cruz es don de sí por la Iglesia, por el Reino de los cielos. Es, al mismo tiempo, amor a Dios Padre y a toda la humanidad. El amor redentor de Cristo es un amor sponsal y su acto de autodonación es la forma de la unidad entre el Esposo y la Esposa. Es donación total y exclusiva a su Iglesia.

En el don del celibato se da una participación en ese amor total y universal de Cristo por la Iglesia. Por eso no es posible entender el celibato, si no es por su fin apostólico, por el Reino de los cielos (Mt 19, 12). Cuando Cristo llama al celibato es por la instauración del Reino de Dios entre los hombres: para que todos se salven. Qué duda cabe de que la continencia implica la negación de uno mismo para seguir a Cristo, pero ante esa llamada se debe considerar no sólo cuánto cuesta, sino cuánto vale: se deben pensar sobre todo las razones para construir el sí, con el convencimiento de que Dios otorga ese don a quienes quiere, porque es necesario para la realización del Reino de Dios en su dimensión terrena.

No hace mucho tiempo, hablaba de asuntos espirituales con un sacerdote sabio y muy experimentado en las cosas de Dios. Le pregunté cómo se podía mejorar en la capacidad de sacrificio por los demás, qué hacer para no tener miedo a la mortificación. Me dio una explicación que merece ser comentada aquí. Me decía que cuando uno se mortifica -es decir, muere voluntariamente a sí mismo en algún aspecto-, en cierto modo sube a la cruz y Jesús puede bajarse: es como si pudiéramos, de alguna manera, suplir al Señor, ayudarle en su sacrificio y aliviarle (entiéndase bien que lo que descansa a Cristo no es dejar de redimirnos, que eso no lo hace nunca, sino que le ayudemos, que comprendamos el sentido de su entrega, que compartamos su amor que se sacrifica por los que ama y metamos nuestra vida por ese camino). A ciertas edades -me explicaba- los hombres empezamos a no tener demasiado interés en nosotros mismos -ya hemos tenido tiempo de sobra para conocernos y aceptar, a veces resignadamente, la realidad de lo que somos-, así que el propósito de ser más mortificados por el puro hecho de serlo, por nosotros mismos, para alcanzar una mayor perfección o hermosura espiritual, no nos mueve significativamente. Pero esa posibilidad de hacerlo por Él ya es otra cosa: ese motivo de amor y de correspondencia sí que es capaz de empujarnos a aceptar alegre y generosamente el sacrificio.

Se trata de una realidad misteriosa, sobrenatural, pero mucho más real que el hecho de que estuviéramos hablando allí nosotros, o de que yo escriba ahora estas ideas. Me parece que a raíz de esa explicación entendí un poco mejor el sentido profundo de aquellas palabras de Jesús al Padre durante la última cena: "Yo por ellos me santifico, para que sean también ellos santificados en la verdad" (Jn 17, 29; para comprender mejor su significado, se debería traducir: Yo por ellos me entrego, (me sacrifico). Y aquí radica el sentido del celibato apostólico.

Nadie entrega la vida si no es por otro u otros a los que ama y de los que se siente responsable. Comprender el valor de la virginidad por amor al Reino de los cielos, requiere entender algo de ese Reino, de la necesidad absoluta de Dios que tiene cada hombre y cada mujer; de la necesidad que Jesús tiene de apóstoles para poder hacer llegar su luz y su amor a todas esas almas. Quienes dejan casa, padre, madre, hermanos y hermanas, mujer e hijos por amor al Reino de los cielos, recibirán como fruto de su entrega el ciento por uno -en almas, hijas de su entrega, y en la alegría de una vida terrena llena de fecundidad espiritual-y la vida eterna (cfr. Mc 10, 30).

Es capaz de corresponder a la llamada de Cristo a seguirle en celibato apostólico quien comprende que de nada se priva el que se priva de todo lo que no es el Amor. Y en la medida en que está dispuesto a ser generoso y a corresponder fielmente -con la gracia de Dios- al don del celibato, se actualiza en su vida la eficacia redentora del sacrificio de Cristo en la cruz -sube a la cruz y Él baja, decíamos antes- y el amor se hace fecundo y permanente, con una fecundidad que lleva a salir de sí mismo, a enriquecer, a engendrar a otras almas para la vida eterna en la fuerza y en la belleza del amor de Cristo, como dice con santo orgullo San Pablo a los fieles de Corinto: "yo os engendré en Cristo Jesús por medio del Evangelio" (1 Co 4, 15).

Tomado de Fluvium.org